



## Reseñas

**VV.AA. *La CT o La Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española, Barcelona, Debolsillo, 2012.***

*Sí, voy a ser mamá / Voy a tener un bebé / Para jugar con él, / Para explotarlo bien /  
Voy a ser mamá / Voy a tener un bebé (...) / Le llamaré Lucifer, / le enseñaré a criticar /  
Le enseñaré a vivir de la prostitución / Le enseñaré a matar / Ah, sí, voy a ser mamá...*

(“Voy a ser mamá”, *Otras canciones*, Almodóvar & MacNamara, 1982)

Un desafío que entraña escribir sobre este libro colectivo es que obliga a uno a interrogarse primero sobre si el producto resultante será una reseña o más bien una crítica. O dicho de otra forma, plantea a quien lo lee y se hace una opinión de él una pregunta que, aunque queda fuera del libro, es una premisa de él: ¿soy yo –el autor de esta recensión, el lector, el oyente al que le llega noticia de su contenido– una pieza en el engranaje de reproducción de la Cultura de la Transición, o más bien me expreso desde fuera de ella? Las piezas reunidas en el volumen no pueden dar satisfacción a esta demanda caso a caso pero, si abocan al menos a plantearse, no es sólo porque consigan mostrar la relevancia de dicha cuestión sino además porque sus emisores logran tal vez por primera vez en la historia de la democracia española que el receptor identifique la existencia de un espacio de cultura ajeno a la dominante. Un no-dentro que tampoco implica un estar-fuera.

Aquí radica tal vez el primer valor de su propuesta: no tanto en la acuñación o definición de lo que es la llamada CT, cuanto en la exitosa vinculación que establecen a coro sus autores entre la dinámica del entramado cultural y la proliferación de nuevos discursos producidos a su vez por la irrupción de un nuevo sujeto colectivo al hilo de la crisis general de comienzos del siglo XXI. Para siempre, creo, el destino de la noción de CT, reciba el reconocimiento que reciba y con el contenido que tenga, quedará asociada a un fenómeno aún tan abierto e imprevisible como el 15-M. Lo más valioso, independientemente del avatar futuro de esta

protesta, está en que nos deja una hipótesis que pone en relación movimientos sociales con marco estético-cultural, y no de una manera mecánica sino pasando por la política.

Esto de referirnos a la CT como una "cosa" se lo debemos en principio a Guillem Martínez, periodista que se ha fajado en diversos recorridos por la dimensión *pop-kitsch* de la cultura española posfranquista. El autor no pretende ser original, y subraya que el contenido de la expresión es una "creación muy colectiva" (13). Él y otros participantes dejan caer nombres en cuya estela han ido dando forma a esa cosa: Gregorio Morán, Manuel Vázquez Montalbán, Juan Aranzadi, Ignacio Echevarría, Rafael Sánchez Ferlosio...; así como algunos jalones que han hecho posible iluminar la ausencia de auto-reflexividad cultural crítica en la ya cuarentona democracia española, al menos hasta la llegada de Internet: especialmente un número heterodoxo de la revista *Lateral* de comienzos de los noventa coordinado por Echevarría, y un artículo publicado por Sánchez Ferlosio en *El País* ya en 1984, "pieza de estricta actualidad" (31) a la que a su vez Echevarría imputa el primer diagnóstico certero sobre la CT.

Algo que según todos los autores caracteriza la CT es su enorme grado de entropía: no concibe la posibilidad de no pertenecer a ella. En el prólogo se afirma contribuir a "desentrañar los mecanismos que hacen eso posible"; pero la CT no deja de ser un fenómeno histórico, contingente, y los autores lo reconocen cuando subrayan que desde los 90 la derecha española ha dejado de estar vinculada al vocabulario franquista y ha aprendido a usar los canales de la CT para ofrecer una nueva formulación. No es dicha historia sin embargo la que el libro cuenta. El cambio principal que fija la atención de varios contribuyentes es otro. Está en el 15-M el cual, siguiendo a Guillem Martínez, aporta "otro paradigma cultural, una visión de la cultura y de la democracia no tutelada por la CT", y que atisba la necesidad de una "cultura no centralizada, que no participe en la estabilidad de ningún proyecto político ni de ningún Estado" (22-23).

No cabe duda de la ambición de un concepto que aspira a dar cuenta de todo un orden de cosas que, según Guillermo Zapata, otorga a quienes participan activamente de él "tanto éxito económico (que también) como legitimidad para ser uno de los portadores de la voz del monopolio de la palabra y la construcción de sentido" en la España democrática (144). Lo que queda por dilucidar es si estamos ante un producto más de la CT, es decir, hasta qué punto *La ceté*, el libro, consigue sustraerse al contexto en el que ha surgido, marcado por la larga sombra de la CT, la cosa. Una manera de iniciar esa evaluación es ilustrar las diferencias entre esta y otras aproximaciones habituales a la cultura española del fin del siglo XX o, haciendo uso de una máxima popularizada de la CT, instar al lector a que "busque, compare, y si encuentra algo mejor..., no dude en comprarlo".

*La ceté* es un libro *divertido* pero no de entretenimiento. No busca divertir, en el sentido etimológico de evadir a uno de lo habitual o cotidiano, todo lo contrario; y sin embargo desata a menudo la risa sana leído de principio a fin. Puede que más para quienes nacieron a la mayoría de edad antes de la muerte de Franco, porque evoca situaciones y momentos pasados no siempre fáciles de recordar y que, aunque figuran como jalones en la elaboración de una narrativa, no son simples piezas cuyo significado les es otorgado en la medida en que encajan en una interpretación hecha desde hoy; hay en general un sutil esfuerzo por mantener una imagen prospectiva que devuelve en parte el aroma de los tiempos en que tuvieron lugar, lo cual da a la obra un cierto carácter de crónica dividida por temas convergentes. Para los nacidos después de los setenta, hay artículos que resultan tan divertidos como informativos, como el que está dedicado a la historia de la SGAE: David García Arístegui consigue que nos interese por la trayectoria de los agentes artísticos organizados bajo la dictadura, divididos entre "chupamaros" (escritores) frente a "silbadores" (músicos), y cómo las luchas por el reconocimiento de estos últimos llevaron a una democratización en falso que está en los orígenes de una gestión de la cultura posfranquista que Kiko Amat ha calificado con acierto de "servil, estéril, elitista y clientelar".

La diversión es de por sí asunto al que se dedica una atención especial en estas páginas: no en balde se busca identificar bajo los productos y las políticas culturales de la democracia española "un espíritu conciliador y ecuménico" que desde el principio "celebraba la cultura como fiesta, es decir, como ámbito segregado de las tensiones sociales y políticas, como un lugar de encuentro, no de confrontación" (33). Este "festivo conchabamiento" sería uno de los medios adoptados para imponer como lo culturalmente correcto "el arrinconamiento de toda actitud abiertamente crítica", sin por ello olvidar otros procesos macroeconómicos clave, como la compra de medios por grandes corporaciones, la promoción estatal de la televisión, y en definitiva el adocenamiento de unos ciudadanos concebidos como consumidores de CT.

Frente a ello se reivindica una tradición de "sorna clandestina" por virtud de la cual, en palabras de Miqui Otero, "[g]eneraciones educadas en el miedo se defendían con el asco y la comedia" (174) y que ha terminado encontrando un espacio cargado de posibilidades en internet. La pieza que firma ofrece por su parte un inteligente relato a saltos desde el cierre *manu militari* de la revista satírica *Cu-Cut* a comienzos del siglo XX hasta el atentado ultraderechista contra *El Papis* en 1977, revisitando a continuación la consiguiente sensación de desamparo de los agentes culturales críticos desde la transición hasta la aparición de nuevas pautas de humor crítico en fenómenos como Muchachada Nui y el *tuithumor* como laboratorio.

Conviene no menospreciar esta sensibilidad, que permite a La *ceté* aquilatar el valor simbólico de la anécdota de Pedro J. cuando, al hilo de las acampadas del 15-M, preguntaba en la red con una ignorancia no exenta de candor qué es un *perroflauta*. El estilo de los textos va de hecho evolucionando hasta rozar el del fanzine, otra marca no-CT (¿o directamente anti-CT?) que no se aborda directamente pero que informa las contribuciones finales del libro. Esta apertura relativa de las fronteras entre géneros y estilos nos conduce a un segundo atributo del trabajo.

*La ceté* es un libro de *análisis* pero no es académico. No está escrito por especialistas, lo que es seguramente otra de sus ventajas. Los que firman no están predispuestos a presentarse como expertos por mucho que posean valiosos conocimientos sobre las dimensiones de la CT que tratan. Anteponiendo a su formación una evolución experiencial e ideológica, tienen en común que se implican en el texto, no se esconden tras una retórica, otro hallazgo inhabitual en unos ensayos cuyos temas debieran interesar, y mucho, a los académicos. Aunque obligue a estos a romper el escudo de retórica disciplinar que viene separando desde la transición a las ciencias sociales de las humanidades.

En su aportación intelectual no puede decirse que estemos ante un libro concluyente, mas ello tiene todo un lado positivo. Lo que ofrece es más bien una retahíla de hipótesis de trabajo, cuyo eje común podríamos sintetizar en una idea adelantada por Echevarría: cómo se logra limitar la libertad de expresión en un marco jurídico que la avala. A partir de aquí se delinean numerosas líneas de investigación, muchas de ellas apenas esbozadas. "La CT es una cultura aproblemática, para la que meramente nombrar el conflicto social o político es un acto performativo de consecuencias terribles: el conflicto se vuelve real" (77): con esta idea arranca Isidro López su texto sobre la construcción del discurso económico de la CT; en él apunta otro derrotero no muy trabajado por los sociólogos españoles: cómo "la máxima exaltación europeísta de las clases medias españolas" (85) tuvo lugar entre la primera mayoría absoluta del PSOE y la Expo de Sevilla. En la contribución de Pablo Muñoz se plantea otra, esta vez sobre la premisa de que no hay mejor forma de aprender acerca de la literatura dominante en una cultura que leer los suplementos dominicales de los periódicos de tirada nacional.

En conjunto es innegable la ambición intelectual de unas propuestas que aspiran, no a señalar a este o aquel producto, autor o política entronizado por la CT, sino a desentrañar "su retórica esencial" (197). La CT, se nos subraya, puede "explicar una novela española, pero también un artículo periodístico, un editorial, una ley, un discurso político" (14). Eso sí, aunque el subtítulo del libro asegura analizar 35 años de cultura, el repaso es más bien del período 1982-2011. La diferencia no es baladí: deja el período de la transición en una especie

de tierra de nadie, a veces convertida en el agujero negro que se tragó toda posible alternativa, a veces ninguneada entre los estrechos límites de un destino prefigurado para la democracia posfranquista.

Al reclamar "¿democracia real, ya!, se afirma que el 15-M ha puesto al desnudo el mayor de los tabúes de la CT. En palabras de Gonzalo Torné: "la visibilidad que ha obtenido [el 15-M] en el espacio público ha obligado a articular un discurso que (...) de manera indirecta (...) pone de manifiesto la usurpación y el fraude cultural de las últimas décadas" (59). Democratizar la democracia pasa en suma por democratizar la cultura. Esto nos lleva a un tercer elemento central al libro.

*La ceté* es un texto *político*, pero no es un panfleto. Se trata de un conjunto de ensayos sobre asuntos diversos que responden a una comunidad básica de interpretaciones acerca de eso que los autores llaman al unísono la CT. Y en todos los casos, sean el feminismo, los derechos de autor, la crítica literaria, la música de gran difusión o el cine, las interpretaciones tienen un objetivo y un fundamento políticos. Pero además, cerrando el círculo, nos refieren a una democracia en la que desde finales de los setenta "la cultura, sea lo que sea, consiste en [la] desactivación [de la política], es decir, en crear estabilidad política y cohesión social" (15).

Un mantra que se reitera en varios de estos ensayos es que en la transición la izquierda tenía poco que aportar, y su aportación fue la cultura. La cuota de estabilización de la izquierda (a costa de la democratización) vino a ser la desactivación de la cultura. Lo interesante de esta tesis no es que se asigne a la izquierda un papel bastante contrario al que suele tener en los relatos convencionales sobre el pasado reciente, sino que subraya la manera en que ha sido incorporada al inconsciente político colectivo: "[I]a sensación es que el PSOE –e incluso IU- ve la relación entre cultura y Estado que forja la CT como un triunfo de las izquierdas" (19).

Como los textos clásicos de la teoría social, el volumen aborda su tema como un descubrimiento, una revelación que se comparte con el convencimiento de que sólo con exponerla, con sacarla a la luz, transformará casi por necesidad la conciencia del lector. Y como los libelos clásicos, incluye una lectura autobiográfica de su forja, en este caso una lectura de la transición que, sin ser seguramente nueva, encaja de un modo rupturista no ya entre las visiones críticas de ésta sino frente a buena parte de las interpretaciones disponibles, porque se eleva (o desciende) hasta la cultura. Es la relación de la CT con el estado y el mercado la que hace posible la desaparición de todos los productos culturales problemáticos: en palabras de Carolina León, "entras si tus ficciones sirven al modelo democrático

postransición y se desenvuelven sin demasiados conflictos en el presente; o bien tratas asuntos metaliterarios sin demasiados anclajes en la sociedad que los ve nacer" (91).

Amador Fernández-Savater remacha que la CT no llega a acuerdos sino que impone de antemano los límites de lo posible, identificados con la democracia-mercado. Afortunadamente, tras la revelación de la disyuntiva "[o] yo [la CT] o el caos" no se desemboca en largas descripciones sobre las políticas de propaganda cultural de la democracia española. En su lugar, se pone sobre la mesa la función social del crítico cultural español del último medio siglo.

Son varios los textos que se fijan en cómo el crítico ha contribuido a esta fiesta sin disenso; en ellos se pueden encontrar afirmaciones tan rotundas como ésta de Carolina León: "[e]n nuestra crítica no se realiza un alzamiento visible de los patrones ideológicos de la producción cultural, como pueden ser los estereotipos. No se señala el olvido de ciertas zonas de nuestra historia reciente... No se cuestiona, se reseña" (98). Como parece sugerir el texto de Almodóvar y MacNamara que abre esta nota la transición española dejó intacta una noción premoderna de crítica, identificada con una costumbre propia de grupos cerrados, ajena a la esfera pública y con un sesgo negativo.

Se ha instituido así, siguiendo de nuevo a Carolina León, "un escenario en que se ha perdido, en lo hondo del retrete, el convencimiento de que los actos literarios tienen, con o sin intención, significación política" (97). Por eso creo que cualquier lector avezado se interesará especialmente por la propuesta de la autora de recuperar una literatura, en sentido amplio, concebida como "pequeñas batallas intelectuales en cada párrafo". Es cierto que hay un exceso de optimismo cuando se afirma una y otra vez que la red está llena de realidades culturales que, en la medida en que no caben en la CT, constituyen propuestas críticas. Pero no es menos notable la cautela con la que se acoge el futuro de la cultura dominante: "[d]ecir que la CT ha sido superada por el 15-M es una tontería del mismo tamaño que ignorar la profunda crisis de sentido por la que atraviesa la misma" (149), sentencia Guillermo Zapata.

*La ceté* no es un libro redondo, sino *ortogonal*. Tiene aristas punzantes como arietes, pero también flancos débiles que favorecen la discusión, el diálogo con la propuesta. Hay en él al menos tantos niveles deficitarios como originales.

Uno primero es el problema de la especificidad del fenómeno que define. El libro se presenta caracterizando la CT como "una patología singular, la cultura más extraña y asombrosa de Europa" (11); más tarde se subraya que es "una aberración política y definitivamente española" (17) por la cantidad de instituciones que implica. Conforme se va aterrizando en el comportamiento de éstas, se indica en cambio que más bien parece que estamos ante una versión peculiar de una cultura de masas en la fase del capitalismo del

espectáculo; se termina en fin homologando la cultura española "a la cultura de consumo propia de las democracias capitalistas" (34).

Tal vez sea cierto que la CT es "la gran cultura europea que carece de crítica" (17), pero está por demostrar. Puede que no haga falta llevar las cosas hasta ese extremo, es decir, que estemos ante un fenómeno más general. Lo que sí parece es que por el momento quienes se apuntan a la crítica a la CT no están en condiciones –de una sola vez– de ofrecer una visión general del problema y aislar la especificidad del fenómeno. Un buen ejemplo es el tratamiento de la música que efectúa Víctor Lenore. Es ya un lugar común hablar de "La Movida" como "pura desarticulación del carácter problemático de la cultura" (108). El autor se fija no obstante en fenómenos que son perfectamente transnacionales, como una radiofórmula que se dedica, en efecto, a "promocionar las canciones más asépticas, previsibles y simplonas" (119) pero no sólo en España. El mapa de la música que ofrece, desde una estrecha contraposición izquierda/derecha, está contaminado por los propios prejuicios clasificatorios de la CT. En su intento de censurar toda música ajena a los problemas sociales, llega a criticar a los grupos españoles que cantan en inglés, a contraponerles la "autoridad" de un periodista de la BBC (¿no existe también una CT inglesa, manifiesta en instituciones como la BBC?) al que le gustaban Los Chunguitos, o a poner como ejemplo de música comprometida la del "multinacional" Manu Chao.

Un segundo problema es el lugar de la agencia en la producción y reproducción de la CT y sus alternativas. Hay una ambivalencia que recorre las páginas de *La ceté*, y es que uno no sabe nunca si la CT es el efecto de un plan preconcebido o un fenómeno complejo que escapa a la acción instrumental de ningún agente o grupo de agentes. El artículo de Guillem Martínez parece alejarse de visiones conspirativas y nos habla de "un despacho abierto" en cuya cotidianidad se habría ido produciendo la deriva entre la mayoría de los autores hacia la normatividad encarnada por la CT. Previamente sin embargo ha afirmado en la introducción que desde mayo de 2011 en España asistimos a un "combate cultural" entre "cosmovisiones" que la CT es incapaz de comprender y controlar. Y no se trata de negar el aserto, pero sí de preguntarnos hasta qué punto se trata de un combate entre agentes actuando estratégicamente, con una agenda de medios/fines. Algo parecido sucede ante el interesante relato sobre la "fabricación del consenso sobre la economía" de la CT (78) de Isidro López. El asunto alcanza el meollo de un libro que él mismo es visto por sus participantes como una "herramienta" dentro de ese combate, los cuales parecen creer que "una vez descrito el paradigma cultural español" se puede pasar a "establecer nuevas posibilidades de cultura y de realidad" (12) como si de por medio no tuviera que tener lugar todo un cambio de conciencia por parte de los sujetos inmersos en la CT.

Hay no obstante propuestas en esa dirección, como cuando se dice, aunque un poco de pasada, que el encuentro entre la renovación y la desmemoria de los años 80 fue "emprendido con el consenso de la mayor parte de la población" (31), incluidos muchos de los nombres a los que se atribuye después la formulación de prístinas descripciones de la lógica de la CT. Destaca también otra imagen hermosa, de la pluma del propio Guillem Martínez, que identifica la CT con un pentagrama, sugiriendo así que estamos ante una convención colectiva compartida, no impuesta por nadie que de ello espera réditos políticos, económicos concretos, o de orden público y control social. Lo cual explicaría que su poder represivo se apoya menos en la intervención consciente de terceros que en su condición de marco referencial compartido por mayorías.

Queda mucho por hacer para desplegar las complejidades de esta perspectiva en lo que toca a quienes la experimentaron o experimentamos. Pero el libro la atisba, aunque en una dimensión más narrativa que analítica. *La ceté* contiene entre sus valores un elocuente testimonio firmado por Belén Gopegui en el que se cuenta en primera persona cómo algunos fueron (fuimos) parte de la CT pero "también nos fuimos escurriendo" (208). El cómo se produjo ese proceso necesariamente inintencional es lo que aún requiere de mucha reflexión y estudio. Sin ir en contra de esta perspectiva, la anécdota manida de "La Bodeguilla de la Moncloa" es un mal ejemplo que no ayuda a dar cuenta de la complejidad que necesariamente ha tenido que tener la intrincada relación intencional entre estado, mercado y CT.

Falta, en fin, en el libro una crítica expresa de la crítica de la CT en su actual formulación, que bien podría haber sido asumida como parte de la propuesta como una componente indispensable para la andadura futura del campo que abre. No dejar abierta esa opción es abrir la espita para un nuevo catecismo, crear una nueva ortodoxia antes de exprimir el fenómeno y extraer de su crítica toda su potencialidad. No se trata de ser negativo, pero podemos imaginarnos un futuro igualmente entrópico en el que la cultura imponga un discurso sobre su naturaleza esencialmente problemática y política, que remita igualmente a los movimientos sociales que la hacen posible, pero que funde su legitimidad en una crítica plana sobre la CT. No creo que estos autores fueran muy felices con esa deriva, pero su posibilidad está ahí, en la intensidad acrítica con que parecen haber asumido como propia la crítica sintetizada por Guillem Martínez.

Hay otra cuestión de fondo que se ventila aquí y es cómo los autores, tras el descubrimiento de que la roca madre donde se asienta el poder disciplinario de la España posfranquista es la cultura, parecen asumir que siempre ha existido una agencia cultural alternativa que simplemente no ha tenido espacios desde los que expresarse. Así, cuando se afirma que la deslegitimación de la CT no se debe a males internos sino a "la potencia de



afirmación, la creatividad y la capacidad para producir movimiento de otros" (146), se está indirectamente inventando un pasado reciente plagado de disidentes sin voz que por fin se han hecho visibles con el 15-M. A esta imaginación bien se le puede aplicar la inteligente sugerencia de Alfonso Sastre que recoge el libro: en los "laboratorios de las transnacionales de la cultura o de la contracultura (...) ha tenido que dibujarse el mecanismo por el que muchas gentes –y jóvenes a porrillo- creen rebelarse contra el sistema por medio de los actos con los que lo obedecen" (108). No hay duda de que "el éxito del 15-M es el éxito de la proliferación, el éxito de crear" (149), pero conviene a renglón seguido reconocer que la creación puede ser también un fenómeno muy impolítico.

En este extremo, el testimonio de Belén Gopegui no es de suficiente ayuda. Señalar que la CT era en los 80 "el único hábitat cultural que se nos ofrecía, el único realmente existente" (207), pues, se nos intenta disuadir, "en aquella época no existía literatura española al margen de la CT. Existía sólo un completamente fuera, un lugar muy frío donde no había CT, pero tampoco C" (208-209), es obviar la cuestión de partida de que el posicionamiento personal es tan lícito como a menudo derivado de una visión distorsionada de la realidad, la que permite el lugar que se ocupa. ¿Qué pasaba antes, en la etapa de consolidación de la CT? ¿Tampoco hubo ahí espacio para respirar?...

Entramos así en el último talón de Aquiles de *La ceté*, y es que peca de un conocimiento poco informado y menos elaborado sobre las experiencias culturales alternativas a la CT producidas antes y durante la hegemonía de ésta. El libro pone en evidencia que una historia de la cultura española desde los años setenta convergente con esta propuesta está en buena medida por hacer, pero sus autores se enrocan en fenómenos aislados como el "caso Echevarría" -expulsado de la redacción de *El País* por no admitir una censura encubierta en su trabajo- al que se otorga el privilegio de haber revelado por primera vez "el entramado psico-ideológico debajo de esa ficción" que es la CT (94). Tal vez sea así, pero eso no agota el arsenal de experiencia cultural producido al margen de la CT en el pasado reciente.

Quizá el punto más flaco de *La ceté* es su dependencia de esquemas manidos como el que aún sostiene, siguiendo demasiado a pie juntillas a Vázquez Montalbán, que la muerte de Franco no fue decisiva para el surgimiento de la cultura dominante bajo la democracia, y que hay que buscar sus orígenes en el pacto de amnesia de las elites franquistas y antifranquistas. En el mejor de los casos, se nos propone que la CT nace de la derrota de los movimientos radicales de los 70. Dejada así, sin mayor cualificación, esta interpretación de la transición vacía de relevancia las luchas por el significado de la democracia que se abrieron con la descomposición *política* de la dictadura. Haciendo una broma-guiño a Amador Fernández-Savater, si se hiciera lo mismo con el 15-M, se podría terminar concluyendo que el

desmantelamiento del estado del bienestar en España fue el resultado de la derrota de la movilización cívica de comienzos del siglo XXI, ninguneando así la contribución neta del 15-M, pese a su incierto futuro, a la fractura de la hegemonía de la CT.

En esa operación de reducir el pasado a lo que ha contribuido al establecimiento de la CT y a las primeras críticas intelectuales (y a cargo de intelectuales renombrados) del fenómeno, se nos priva de la información básica sobre cómo, quienes pudieron criticar la CT en su formación y consolidación, habían en su mayoría desaparecido a la altura de comienzos de los años 90, que es cuando parece situarse un primer distanciamiento crítico de las telarañas de la CT. La apropiación que sugiere Amador Fernández-Savater de la idea de Blanchot, por la cual la CT aparecería como un "poder de salvación" que produce muerte política, viene aquí muy al caso. E implica reivindicar 1975 como un año crucial, pues el fin de la dictadura trajo consigo un cambio en los horizontes de expectativa de una inmensa mayoría de jóvenes que sin embargo carecían de experiencia política en la fase del tardofranquismo.

Estos "jóvenes de la transición" no construirían su identidad con los mismos mitos que sus hermanos mayores, los del 68. Un principal triunfo de la CT ha consistido precisamente en negar la experiencia cultural de toda esa gente, precuela indispensable del 15-M, ya que sus productos y actitudes contenían un órdago a la CT en su mismo momento de fragua y establecimiento. Con sus diferencias, en la época de la famosa Movida tampoco hubo sólo cultura pop-cañí-kitsch sino además algunos productos inclasificables por la CT, por desbordantes, incluido el aparentemente superficial y festivo "Voy a ser mamá" de más arriba. Toda esa información, y su adecuada inclusión en los relatos críticos con la CT, debería interesar a quienes compartan con los autores de *La ceté* que de lo que se trata es de evitar "que la presente generación no sea, otra vez, invisible para la siguiente" (161).

*La ceté* es una obra coral divertida, analítica y política, pero sólo ofrece un trabajo que se atreve a adentrarse por el mundo de los contrafactuales. Jordi Costa enarbola una bandera tan distintiva como imprescindible al imaginar a un tal José Luis Izquierdo, cuyo archivo cinematográfico se descubre en el 15-M y a través del cual se vislumbra "una última oportunidad a la esperanza de que acabase naciendo, en nuestro país, un cine verdaderamente político a salvo de autoengaños, una superación de todos los espejismos CT que el medio cinematográfico, siempre sometido al mercado, había contribuido a fortalecer más que ningún otro lenguaje" (137). Ahí termina la exploración de alternativas larvadas en el pasado reciente. Por seguir con las bromas, es significativo que el libro acabe en algo tan políticamente conservador y literariamente pobre como es un listado de acontecimientos de la España de los últimos 30 años relevantes para interpretar críticamente la CT. Como si esos

hechos hablasen por sí solos y estuvieran seleccionados a partir de la completa información acerca de todos los sucesos de la época.

Más *de profundis*, y por ir cerrando, una crónica de orígenes no puede suplantar a una investigación sobre causas. La crítica a la CT, en su estado actual, repite un esquema genealógico típico de la autojustificación de toda identidad colectiva emergente. El pedigrí en que se apoya adolece de un prurito intelectualoide (con perdón) que no se corresponde con la riqueza y variedad de las experiencias límite y de transgresión que pudieron vivirse colectivamente en España tras la muerte de Franco *antes y al mismo tiempo* que veían la luz los primeros ensayos que asumían una cierta distancia respecto del paradigma oficial de la CT, a fines de los 80.

La crítica a la cultura de la democracia española arranca en fin como una perspectiva demasiado ortodoxa... y para terminar ofreciendo por el momento más una cronología que un verdadero relato. Esto no es suficiente para contribuir a resquebrajar activamente la CT; no obstante, se trata en realidad de una doble ventaja para el lector crítico, pues incita a ofrecer nuevas definiciones de la CT menos cerradas, y a hilar los trazos que aquí se ofrecen con otros que no están pero tendrían cabida y así ir ofreciendo relatos complementarios y suplementarios sobre lo que han sido los últimos cuarenta años de cultura española. Ello debería incluir también una crítica del propio 15-M y de las convenciones que este movimiento asume como verdades, de todo lo que incorpora como propio, pero también de lo que viene irremediamente a excluir. ¿Quién se apunta?

Pablo Sánchez León  
(Universidad del País Vasco)  
Asociación Contratiempo (Historia y Memoria)